

# Velatorios

SE dice «que los tíos eran muy malos», revoltosos y «con un estómago» que para qué, que no reparaban en nada.

Pero no eran los tíos solamente. Las mujeres y los jóvenes participaban también de aquel humor socarrón que daba de sí el ambiente y si los tíos subían ritualmente al cielo a sus amigos con un zurra y alguna raspa de pescado para engañarlo, los demás no se quedaban atrás en los velatorios.

Debe hacerse la distinción entre la gravedad solemne de que los tíos investían sus actos y la bullanga chiquilleril de las mujeres y jovencuelos.

Los hombres se iban de zurra pero, ¡con qué formalidad!

Sacaban la lebrilla aquella que tenía esmaltado en el fondo el tío de la escopeta, (un Austria en traje negro de caza, con escopeta y perro), ponían el vaso de prueba en el centro, echaban los terrones de azúcar de pilón y el agua y empezaban a dar con el vaso contra la lebrilla, hasta que se disolvía. Se agregaba el vino poco a poco, sin dejar de mover con el vaso, según se hace en las gachas. Se cataba por todos y cuando estaban conformes, se le echaban las cortezas de limón y se seguía hablando del muerto.

Las que se quedaban a velar a los muertos no podían verse quietas. Al que se dormía le tiznaban la cara con carbón o con corchos ahumados o lo ataban a la silla o le echaban agua.

La broma se prolongaba en cuentos y chascarrillos de toda especie y color y terminaba en una buena cazuela de chocolate con los churros necesarios, a costa del muerto.

Después se despedían deseando a la familia que Dios les diera salud para hacer bien por su alma y se iban tan tranquilas de haber estado en el duelo, como los chicos en la escuela, deseando que el maestro se distraiga para tirarle pellizcos al que está orilla, porque así era de retozón el espíritu de la época.

---

## Glorias familiares

En el trajinillo de rebuscar y comprobar detalles he tropezado con algunos fenómenos curiosos, como la forma de considerar las glorias familiares.

El hijo es inexorable con el padre, enjuiciándole siempre con el mayor rigor. Rara vez considera el hijo al padre con naturalidad, ni siquiera cuando tiene él, acentuados, los defectos reconocibles en su progenitor.

La relación amorosa es de lo más espinoso de la cuestión. Un mero rumor o sospecha, hace refunfuñar al hijo, hartado de correr. A las mismas personas las he oído celebrar las travesuras de su abuelo.

—No crea Vd. que fué cualquier cosa, que tuvo tres mujeres y dos hijos fuera de matrimonio: ¡Menudo fué! Y no falta el caso, citado con orgullo, de que la abuela vieja fuera la amiga de D. Fulano.

Los motivos que considerados próximamente ruborizan a la gente, con el tiempo se convierten en honor de la familia. ¡Así es el mundo!